

# VIDA FRONTERIZA EN LA ARAUCANIA

EL MITO DE LA GUERRA DE ARAUCO

**SERGIO VILLALOBOS**



**EDITORIAL ANDRES BELLO**

## LAS RELACIONES FRONTERIZAS

### EL CONTACTO COMERCIAL

El furor de la lucha inicial no ha dejado ver más que el conflicto mismo. No se ha captado que por debajo se tejía una historia prosaica, diaria y sin eventos espectaculares, que ponía en contacto a los protagonistas de un lado y otro. Acercamiento y asimilación a merced de la curiosidad y las necesidades mutuas, que al fin resultaron más poderosas que el ejercicio de las armas.

Uno y otro bando fueron personajes colectivos que se adaptaron a situaciones nuevas, cogieron otras costumbres, intercambiaron productos y mezclaron su sangre, dando lugar a una nueva realidad que nadie había pensado. La primera reacción de los nativos frente a los intrusos fue de sorpresa y curiosidad. Los recién llegados parecían extrañas criaturas, y los elementos materiales que manejaban llamaban poderosamente la atención.

Desde el momento en que los araucanos se sintieron atraídos por las baratijas de los conquistadores, el hierro y el alcohol, quedaron cogidos en una red de la que jamás se desprenderían, dado que con el correr del tiempo se transformaría en un comercio indispensable. Por su parte, los dominadores de la región fronteriza, que carecían muchas veces de bienes fundamentales, como los alimentos y los géneros, podían obtenerlos de los aborígenes y de ese modo las necesidades de ambas partes movieron a un contacto muy útil.

Los indígenas de las localidades de Arauco y Tucapel, que fueron los que más tempranamente se sometieron a los conquistadores, antes de concluir el siglo XVI estaban ya adaptados al intercambio de especies. Un testigo recuerda, en 1592, que los nativos de aquellas parcialidades estimaban en mucho el trato con los españoles y que llegaban hasta la ciudad de Concepción condu-

ciendo oro y ropas, aves y miel, y que cambiaban herramientas y otras cosas por vino.<sup>1</sup>

Los primeros objetos que atrajeron a los indígenas fueron botones, cintas, gorros, tijeras, espejos y otras especies de ese tipo, aunque fuesen simples fragmentos. Cualquier cosa nueva atraía su atención y poseerla era tener algo único, que más que por la utilidad tenía gran valor para ellos porque acrecentaba el prestigio personal.

Después de los encuentros esporádicos, y a medida que las relaciones se hacían permanentes, surgió el *conchavo* o trueque de bienes, efectuado en forma subrepticia o abierta, pese a la lucha. Esta última, por otra parte, dejaba despojos que acentuaban el interés de los naturales.

Hubo, sobre todo, dos elementos que interesaron a los araucanos: el hierro y el alcohol, que fueron la base más sólida del comercio. En los primeros tiempos debieron contentarse con los pedazos de espadas, cuchillos, herramientas y otros objetos similares, que debidamente afilados incorporaban a las lanzas y porras. También mediante los indios auxiliares o el botín lograban hacerse de espadas, piezas de armaduras o celadas, y luego adquirieron de los soldados diversas especies. El hambre y la desesperación rondaban en los fuertes de la Frontera, de suerte que los hombres que se alejaban en alguna misión o montaban guardia en puestos avanzados, eran tentados con alimentos a cambio de cualquier cosa. Cedían, así, cuchillos y aun las llaves de los arcabuces, costumbre que ya estaba extendida al comenzar el siglo XVII y que llevó luego a la prohibición estricta de vender armas y caballos.

González de Nájera, después de recordar que los indígenas llegaron a tener mejores y mayor número de caballos, refiere que los soldados, con tal de hacerse de una cabalgadura, negociaban con los nativos, que ya estaban duchos en los tratos:

vanse desnudando poco a poco de sus vestidos para proveerse en aquella nueva feria de caballos, y así unos dan por ellos los capotillos, y otros las capas pidiendo los indios mil impertinencias, y reparando en los colores, porque vienen a no querer las capas si no son azules, color que a ellos más agrada, y aun les vienen a dar de secreto los soldados y particularmente los bisoños, cuchillos y machetes, hachas, dagas y espadas... Así que a la borda se van vistiendo y armando los indios de nuestros propios vestidos y armas para contra nosotros.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Carta de Baltasar Sánchez de Almenara al Rey. Lima, 20 de septiembre de 1592. CDIHCh, Segunda serie, tomo IV, pág. 202.

<sup>2</sup> Alonso González de Nájera, *op. cit.*, pág. 129.

Otro testigo abonado señala el hambre como estímulo para el trueque:

los indios comarcanos se llegan a los hambrientos con color de paz y les ofrecen muchas cosas de comida que aunque no sean muy regaladas, para quien padece tanta necesidad, serán ambrosía y néctar suavísimos a trueque de las armas que le ferian por ella, y con este ardid desarman nuestras guarniciones y arman las suyas.<sup>3</sup>

En las etapas iniciales, el tráfico se confundía con el robo, los ardidés bélicos y todas las tretas imaginables, porque habiendo guerra no existía otro modo de proceder. Para los soldados pendían prohibiciones y amenazas, pero no les preocupaban mucho, ni tampoco el aspecto ético, cuando las miserias les golpeaban con dureza. González de Nájera analiza finamente esos aspectos y las transformaciones ocurridas entre los araucanos a causa de los bienes que obtenían. Afirma el experimentado capitán que aquellos se habían hecho de tantos caballos, que llegaban a poner 4.000 en sus campañas y disponían de gran cantidad de frenos, espuelas y estribos, de manera que no necesitaban ya de los de barba de ballena y de madera improvisados en los comienzos:

Y aunque también alcanzan cantidad de herraduras, no las aplican para sus caballos aunque holgaran saberlos herrar, sino para la labor de sus campos, ingiriéndolas (después de muy bien adelgazadas) en las frentes de las palas de madera con que rompen la tierra de sus labranzas, en cuyo ejercicio les son muy útiles, y así las estiman en mucho. Provéense también de algunas cotas y de cueros crudiós de vaca, de que hacen las armas defensivas, como son sus coseletes, celadas o capacetes y adargas, y asimismo hijadas para armar sus caballos. Los cueros de que hacen estas armas son de los que deja nuestro campo, aunque lo pudiera excusar en los cuarteles donde se matan las vacas cuando las llevan para dar ración a los soldados en necesidades de campestres comidas. De las armas ofensivas las que en mayor número alcanzan los indios, y aún las que más les hacen al caso, son espadas de que se sirven para guarnecer de hierro sus picas y lanzas. Y cuando las comenzaron a tener, guarnecían con cada una tres y cuatro astas, quebrando cada hoja en otros tantos pedazos, bien amoladas sus puntas. Pero como ahora ya tienen tantas, que aún podrían armar de ellas cualquiera grueso socorro de gente que les llegase, no rompen las hojas como solían, precisándose de traerlas los infantes, enteras, en las largas y livianas astas de sus picas, con que las hacen más cumplidas. Los de

<sup>3</sup> Luis Tribaldos de Toledo, *op. cit.*, en CHCh, tomo IV, pág. 20.

a caballo traen lanzas jinetas más cortas, de hierro, como deben ser. Demás de las espadas, granjean cuchillos, machetes, podones y hachas en gran cantidad. Destas herramientas se aprovechan en el común servicio de sus casas, y también en el hacerlas. Tienen también a su poder gran número de hoces de segar, de que se sirven principalmente para la siega de sus agostos. Algunas veces sucede en las peleas cortar con ellas cabezas a los nuestros con maravillosa presteza, así como también lo hacen con los agudos cuchillos. Entre todas las herramientas estiman en mucho las hachas, porque les son de mucho servicio, especialmente para nuestra ofensa; porque cuando marcha nuestro campo derriban con gran presteza árboles, que en su caída se atraviesan en fragosos y estrechos caminos, y impiden el paso a nuestra caballería, dándonos mucho en qué entender, por el peligro que hay de que viniendo la noche, no se pueda llegar a cuartel donde alojar. Con las hachas cercan y fortifican sus casas con albarradas de maderos entretejidos, para que repentinamente no se las asalte nuestra caballería en las trasnochadas, y en suma con ellas nos combaten los fuertes hechos de palizadas gruesas, de que son los más de aquel reino, cortando los palos por el pié y desbaratándolos. Pertréchanse principalmente los indios de las armas, herramientas y aderezos de caballos que he referido, por vía de los yanaconas o indios de servicio de nuestro campo, que las dan a los indios que se van reduciendo en sus fingidas paces cuando se campea. Porque muchos de los yanaconas huelgan de seguir a sus amos, y salen con ellos a las campeadas con intento de proveer a sus amigos y parientes de las cosas referidas. Otros también se las dan a truco de sus bebidas, y por frutas y golosinas de las que de industria acostumbran a traer los indios a nuestro campo, especialmente en los tiempos que hay hambre... Suélese decir por refrán, que el codicioso y el tramposo presto se conciertan, y aunque esto es verdad, yo digo que más presto se conforman el codicioso y el necesitado. Porque como la hambre es el más cruel y irreparable enemigo que tiene la guerra, qué maravilla es que los yanaconas que son indios, armen a los indios codiciosos de nuestras armas, pues los mismos españoles hacen lo mismo vendiéndoselas por campestres comidas a sus tan capitales enemigos.<sup>4</sup>

Agrega, González de Nájera, que los soldados llegaban a entregar sus espadas en este comercio y que hurtaban las de sus compañeros cuando ya se habían desprendido de las propias. En la noche, en los cuerpos de guardia, los centinelas quitaban las llaves y otras piezas de los arcabuces, para usarlas a manera de

---

<sup>4</sup> Alonso González de Nájera, *op. cit.*, pág. 170.

moneda en tan peligroso comercio. El tráfico de armas no se limitó a los primeros tiempos, sino que se prolongó por muchas décadas. A mediados del siglo XVII seguía intenso. Era, según el Cabildo de Santiago, una feria corriente, y era tal el interés de oficiales y soldados por transar las armas, que en el Ejército apenas quedaban algunas de acero y espadas, reduciéndose el armamento a las lanzas.<sup>5</sup>

Con el paso del tiempo, y a medida que cejaba el choque violento, el intercambio tomó las características propias de un negocio, aunque de formas elementales. Un misionero y cronista, el jesuita Juan Bell, estima que la celebración del parlamento de Quillín, en 1641, fue un hecho auspicioso para el comercio. Desde entonces

se empezó a entablar el comercio entre españoles e indios. Entraban y salían los españoles libremente a las tierras de los indios sin algún recelo; y los indios de la propia suerte iban a las ciudades y estancias de los españoles a comerciar, trocando sus ponchos y otras cosas por las que necesitaban; y así mutuamente se vivía en buena conformidad olvidando los odios antiguos.<sup>6</sup>

Las cosas no ocurrieron en forma tan precisa como indica el sacerdote, pero de todas maneras, entre interrupciones y temores, se fue desarrollando el trato mercantil.

El alcohol fue otro rubro importantísimo en la relaciones económicas. El vino y el aguardiente tenían atractivo para los araucanos en cuanto les permitía disponer en todo momento de bebidas alcohólicas de alto grado.

La chicha o *mudai* que elaboraban sus mujeres se obtenía principalmente en primavera y verano de los frutos maduros de diversas plantas y del maíz, siendo más difícil proporcionársela en invierno. Por lo general se la utilizaba en las ceremonias o para festejar visitantes. Tenía, sin embargo, varios inconvenientes: al prepararla había que esperar cuatro días hasta que la fermentación comenzase a producir alcohol y su duración era escasa, derivando pronto en vinagre. Su grado alcohólico era, además, muy bajo.

<sup>5</sup> Carta del Cabildo de Santiago al Rey, 12 de mayo de 1651. BN.BM., ms. vol. 141, foja 148.

<sup>6</sup> *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, en CHCh, tomo VII, pág. 395. La obra del padre Bell fue atribuida equivocadamente a Miguel de Olivares y se la publicó con el nombre de éste.

El vino y el aguardiente, en cambio, no era necesario prepararlos en cada ocasión, podían guardarse largo tiempo y su grado etílico era muy alto.

Para la obtención de estas bebidas, los araucanos dependieron enteramente de los españoles, sea porque la uva no se propagase bien al sur del Biobío o porque no aprendiesen la técnica.

La corona española había prohibido la venta de vino a los indios, en forma general, por lo menos desde 1594, "por el grave daño que resultaba contra la salud y conservación" de ellos.<sup>7</sup> En forma específica, la prohibición se formuló posteriormente para los araucanos, por ser "el imán para sus juntas y borracheras de donde nacen las conjuraciones de sus tratos y traiciones", según el gobernador Acuña y Cabrera. Pero siendo tan importante su venta, el Cabildo de Concepción solicitó se reconsiderase la medida porque perjudicaba notoriamente a los hacendados.<sup>8</sup> La disposición se mantuvo en todo caso, y el suministro debió realizarse en forma clandestina, si puede darse ese calificativo a una actividad efectuada con conocimiento de todos.

Tan lucrativo había llegado a ser el comercio fronterizo de alcohol hacia fines del siglo XVII, que el gobernador don Tomás Marín de Poveda intentó monopolizarlo, dando ingreso en la red, para su distribución, a los oficiales y a los intérpretes. Ellos traficaban el vino y demás especies de propiedad del Gobernador y procedían a quitar las mulas y sus cargas a quienes intentaban comerciar con los nativos. Según testigos, ni a los soldados se les permitía trocar ninguna cosa.

Esa situación causó un profundo descontento entre los araucanos, que quedaron sujetos a un monopolio odioso y muy perjudicial para ellos y que causó alguna inquietud en la Frontera. Por esa causa, la Real Audiencia se ocupó del asunto e hizo levantar una información contra el gobernador, sin pasar a mayores.<sup>9</sup>

Al llegar el siglo XVIII, el tráfico fronterizo había dejado de ser una actividad esporádica. Se encontraba perfectamente establecido, tenía sus modalidades precisas, y por su volumen no era nada despreciable. Las ciudades que le servían de apoyo eran Concepción, Chillán y luego Los Angeles, además de otros pues-

<sup>7</sup> *Recopilación de leyes de los reynos de las Indias*, libro VI, título I, ley xxxvi.

<sup>8</sup> Carta del gobernador Acuña y Cabrera al Virrey del Perú, sin fecha, aunque posterior a 1653. BN.BM., ms. vol. 143, foja 480.

<sup>9</sup> Información levantada de orden de la Real Audiencia y Expediente levantado por el Pdte. don Tomás Marín de Poveda; ambos documentos del año 1694. BN.BM., ms. vol. 315.

tos como Rere y Yumbel y la serie de estancias próximas al Biobío. También jugaban un papel importante como puntos de contacto los fuertes y las misiones.

En el comercio se mostraban tan activos los indios como los españoles y los mestizos que pululaban en el sector fronterizo. Los primeros solían salir con sus bienes a los puntos mencionados, donde siempre encontraban negociantes dispuestos a conchavar. Además, cualquier persona, sin excluir a los campesinos y soldados, solía aprovechar las oportunidades que se presentaban.

Pero la dinámica comercial fue más lejos aún. El aumento de las necesidades mutuas y el apaciguamiento hizo aparecer, ya muy claramente desde los inicios del siglo XVIII, a buhoneros y mercachifles que se internaban en la Araucanía con sus chucherías. Generalmente conducían unos cuantos caballos y mulas con la carga y eran acompañados por algunos peones mestizos, un arriero o un lenguaraz.

Con ánimo resuelto y algunas armas bajo el poncho, que serían completamente inútiles en una lucha, iban recorriendo una reducción tras otra, en un trato amable con los caciques, que les recibían con largos discursos, chicha y comida. Efectuaban las transacciones y de inmediato entregaban a los nativos las especies vendidas, comprometiéndose éstos a entregarles, al regreso, los bienes acordados.

En los tratos solía haber cumplimiento de la palabra, que demostraba el interés de ambas partes en conservar un comercio tan beneficioso. Muchos comerciantes llegaban hasta Valdivia, de donde daban la vuelta recogiendo el ganado y los ponchos estipulados.

La forma de proceder en este tráfico es descrita por Amadeo Frezier:

El mercader va directamente a casa del jefe de la tribu; y éste, después de darle la bienvenida, le ofrece hospedaje cerca de su cabaña; y allí van el cacique, sus mujeres y sus hijos a pedir, a título de regalo, algunos objetos. Al mismo tiempo, el cacique hace anunciar por medio de una trompeta a sus vasallos la llegada de un mercader con el cual pueden hacer sus negocios. Acuden todos, ven las mercaderías, que consisten en cuchillos, hachas, peines, agujas, hilos, espejos, cintas, etc. y entre ellas la más productiva sería el vino, si no fuese peligroso suministrarlo en abundancia, porque cuando se embriagan, se matan unos a otros y no hay ninguna seguridad entre ellos. Después de haberse convenido los cambios, de suerte que el mercader ha entregado toda su carga sin saber a quién y sin ver a ninguno de sus deudores. En fin, cuando quiere volverse, el cacique por otro toque de trompeta, da la orden de pagar: entonces cada cual trae fielmente el ganado que debe; y como éste es compuesto de animales no domesticados, como mulas, cabras y particularmente bueyes y vacas, el

mercader pide un número de hombres suficientes para llevarlo hasta la frontera de las tierras españolas.<sup>10</sup>

La importancia de este comercio, efectuado sin el menor control, llamó la atención de las autoridades, sobre todo porque en la Araucanía se introducían armas y bebidas alcohólicas que podrían redundar en perjuicio de la paz y alteraban la tranquilidad entre los mismos indios. Por estas razones se pensó a veces en prohibir el tráfico o reducirlo a algunas ferias periódicas que permitiesen controlar la venta de armas, vino y aguardiente; pero se comprendió que el esfuerzo sería inútil, los indios lo resistirían y al fin los daños serían iguales o peores.

En el quehacer de la Frontera el comercio se había convertido en algo realmente importante; había intereses masivos ligados a él y cualquier intento de restringirlo habría resultado fallido. Tan cierto es este hecho, que a los parlamentos asistía una infinidad de mercachifles y a vista y paciencia del gobernador y demás autoridades se efectuaban gruesas transacciones en que el vino figuraba en primer lugar.

En el parlamento celebrado en Negrete el año 1726, se procuró regular el comercio, según se verá más adelante, y muy posteriormente, en 1796, don Ambrosio O'Higgins, como gobernador, dictó un reglamento para poner en práctica los acuerdos de otro parlamento efectuado hacía poco tiempo. Se estableció, en esa ocasión, que habría comercio entre los españoles y los indios pehuenches y los araucanos de los Llanos y de la costa, vale decir, las regiones con las parcialidades más amistosas. El tráfico debía encauzarse a través de las plazas fronterizas que se indicaban, para poder vigilarlo en forma adecuada. Por ellas podían transitar los indios para llevar sus efectos a cualquier lugar de Chile. Quedaba estrictamente prohibido introducir, al territorio indígena, hierro, cobre en bruto, armas blancas y de fuego, caballos y mulas. En cuanto al vino, se prohibía entrar con él a la Araucanía, pero podía ser vendido a los naturales en las plazas de la Frontera.

Todos los bienes que se transasen pagarían el impuesto de alcabala por la compraventa, y con el fin de que no fuese burlado se encargaba a los comandantes de las plazas el control sobre los traficantes hispanocriollos e indios. Esos jefes debían informarse, además, de la conducta de los mercaderes en tierras de los indios y darles o negarles autorización para entrar en ellas. En todo caso,

---

<sup>10</sup> Citado por Barros Arana, *Historia jeneral de Chile*, tomo VII, pág. 26.

se recomendaba restringir los permisos en la época de la chicha, porque con la embriaguez aumentaban los incidentes.

A través de esas disposiciones, que no debieron tener vigencia rigurosa, se percibe el adelanto en el tráfico con los indios. Estos podían vender en cualquier lugar al norte del Biobío, se levantaba la prohibición de transar vino y, lo que es más notable, se implantaba el impuesto comercial, prueba evidente de la importancia del tráfico y de su organización.

El comercio con los indios pehuenches también estuvo presente en el contacto fronterizo, aunque fue menos importante que el efectuado con los araucanos y tuvo un carácter diferente.<sup>11</sup>

Los habitantes del sur de Chile, en el trato con los indígenas de ultracordillera, obtenían sal, caballos, pieles, ponchos y plumas de avestruz. Los equinos no eran propiamente los criados por los naturales, sino los que capturaban en las pampas o robaban en las tierras periféricas de Buenos Aires y Mendoza. La importancia de la sal residía, para los hispanocriollos, no tanto en el condimento de la alimentación, sino en el empleo para salar el charqui, y por eso era requerida en condiciones apreciables.

La sal abundaba en la vertiente oriental debido a su elevada presencia en muchos de los ríos que desprendiéndose de las alturas se internan en la pampa. El escaso declive de las llanuras y la existencia de ligeras depresiones originan lagunas que por la evaporación y el descenso de las aguas en verano, generan costras salinas en sus bordes. En diversos lugares había depósitos, pero las realmente apreciadas se encontraban en un lugar situado al noroeste del río Neuquén.

Para los pehuenches, el comercio tuvo gran importancia, porque llegaron a depender grandemente de los productos introducidos por los españoles, que transformaron sus necesidades y sus modos de vida. Una relación de mediados del siglo XVIII informa:

Su alimento es de todas carnes indistintamente sin reservar huancos, caballos y otros animales inmundos. Las vacas, ovejas y cabras que crían son corpulentas y del ganado ovejuno cosechan hermosa lana. Su frecuente labor en la indias es tejer ponchos y mantas; y los indios trabajan en labrar algunos platos y vasijas de madera grandes, que llaman roles aunque groseramente, cuidar las caballadas y crías, cosechar la sal en muchas lagunas que la cuajan, cosechar los piñones en los parajes en que hay piñones, cazar algunas

<sup>11</sup> Hemos tratado esta materia con mayor extensión en nuestro libro *Los pehuenches en la vida fronteriza*.

avestruces y encairelar plumeros de sus plumas, tejer riendas de pieles de huanacos, y cabestros muy pulidos. Todo lo cual comercian con los españoles, a ciertos tiempos en determinados parajes a las raíces de la cordillera. El arreglo de su comercio es por conmutaciones cambiando unas especies por otras, razón porque los españoles concurren llevando sacos de trigo, cebada y otros granos, sombreros, paños, agujas, añil y otros tintes.<sup>12</sup>

Unos y otros tenían sus exigencias y engaños. Los pehuenches entregaban los costales con la sal humedecida para que pesasen más y llenos sólo hasta la mitad, igualmente si se trataba de piñones. Demandaban, en cambio, que los de trigo estuviesen llenos.

Los cristianos, por su parte, según Carvallo y Goyeneche, si vendían una onza de añil, colocaban en la balanza, en lugar del peso correspondiente, algunas monedas, obteniendo un peso y medio en lugar del peso que valía corrientemente. "En muchísimas ocasiones —anota— vio hacer este cambio a mercaderes chilenos y europeos españoles de la villa de Los Angeles, en sus lonjas, y es corriente en toda la frontera".<sup>13</sup>

El licor era vendido mezclado con agua, y en el fondo de las vasijas se colocaba, a veces, una costra de sebo para reducir la cantidad. En caso de entregarles monedas, éstas eran recortadas; los géneros eran de mala clase, igualmente los bonetes y los sombreros. Los adornos de plata contenían un tercio de cobre y así por estilo.

Hasta mediados del siglo XVII el comercio con los pehuenches fue esporádico e irregular, y estuvo ligado a veces a incursiones violentas. Los indígenas irrumpían por los boquetes cordilleranos para robar caballos, y no pocas veces los hispanocriollos les devolvían la mano. El bandidaje estaba unido a estas acciones.

Las autoridades procuraron poner orden en el tráfico para evitar depredaciones e impedir la venta de hierro y alcohol a los cordilleranos. Con ese propósito se prohibió el uso de los pasos situados al norte del río Ñuble y se dispuso el movimiento a través de la ruta de Antuco, para realizar el intercambio junto al fuerte de Tucapel.

<sup>12</sup> Manuel de Amat y Junient, *Historia geográfica e hidrográfica, en Revista chilena de historia y geografía*, núm. 56, pág. 371. El autor de la obra fue José Perfecto de Salas, aunque se la publicó con el nombre del gobernador Amat.

<sup>13</sup> CHCh, tomo X, pág. 162.

Más adelante se volvió a autorizar el tráfico por los pasos del norte, pero los problemas causados por los negociantes y bandidos fueron tan graves que hubo que restablecer la prohibición. En 1792, el gobernador don Ambrosio O'Higgins daba instrucciones en ese sentido al subdelegado de Curicó, agregando unas opiniones tajantes:

Cuide mucho de que los españoles [blancos] de ese partido no pasen a pretexto alguno a la otra banda de la cordillera a morar ni conchavar con los indios. Los españoles que toman aquel destino y hacen este tráfico son ordinariamente facinerosos, pérfidos y malévolos, que huyendo de la justicia van a inspirar de pronto entre los indios ideas diabólicas contra el gobierno y a la vuelta roban a los mismos indios, y les hacen otras mil iniquidades.<sup>14</sup>

No obstante la preocupación de los funcionarios de la corona, el tránsito de los chilenos por las montañas jamás pudo ser cortado, debido a las dificultades para controlar los pasos, los intereses puestos en juego y la complicidad de autoridades inferiores.

En todos esos tratos y aventuras se descubren con claridad los rasgos de la existencia fronteriza. Ahí están los intereses pequeños que ligan a las dos colectividades, la mezcla de comercio y bandidaje, los acuerdos entre grupos de ambos lados para sacar ventajas, sus disputas, la complicidad de los funcionarios, el desorden general y el escaso imperio de la ley.

El comercio estaba mejor establecido por los boquetes del sur, especialmente el de Antuco, dado que las autoridades de la Isla de la Laja tenían especial preocupación por la materia.

Un registro correspondiente al verano de 1795 permite conocer el volumen y algunas características del tráfico en aquella región.<sup>15</sup> La mayor parte del movimiento era realizado por pehuenches, que totalizaron 364 individuos, en tanto que los hispanochilenos y sus mozos sumaron 30. Mientras los nativos movilizaron 839 bestias, los cristianos condujeron 112. Estos eran caballos y mulas, usados para el transporte.

El principal producto adquirido por los pehuenches fue el trigo, con 649 cargas, esto es, 74.635 kg, dado que la carga correspondía aproximadamente a 10 arrobas. En cambio, la cantidad de

<sup>14</sup> AN.CG., vol. 507, foja 12.

<sup>15</sup> Documento de Pedro Nolasco del Río. Los Angeles, 3 de junio de 1795. BN.BM., ms. vol. 330, pieza 509.

vino es insignificante, llegando a 18 cargas, pero debe entenderse que estando prohibida la venta a los aborígenes, la cantidad real debió ser mucho mayor. La sal llegó a un total de 807 cargas o 92.805 kg. La cantidad de caballos vendidos por los pehuenches fue de 921 cabezas y la de mantas, 65. Se ve que éstas eran un rubro menor, aunque es posible que muchas fuesen pasadas en forma oculta.

Puede apreciarse, de tal manera, la importancia que había adquirido para los pehuenches el consumo de trigo y, por lo tanto, la dependencia de la producción del área de Chillán y Los Angeles. También debió tener alguna importancia el suministro de hierro y baratijas, que no aparecen registrados.

El tráfico oculto también tenía un rubro muy negro: la compraventa de especies robadas a los viajeros y a las estancias de la campaña bonaerense y cuyana. Muchos de los caballos y vacunos comerciados tenían ese origen, pero también se transaban otros bienes. Carvallo y Goyeneche, al recordar el tráfico prohibido, señala que el comercio de especies robadas había alcanzado cierta notoriedad:

Para que este comercio sea inicuo por todos los cuatro costados, también hay iniquidad en algunos géneros que se compran a los indios, y son los que éstos quitan juntamente con las vidas a los viajeros de Buenos Aires y a los que habitan en las estancias de las pampas... Siempre he mirado con tanto dolor cómo borrar esta negociación. El mismo hecho de comprarles las alhajas conocidas de aquellos españoles, si no es una expresa aprobación de sus crueldades, al menos es un poderoso incentivo que forzosamente los conducirá a la repetición de estos insultos [desmanes], y si no les compraran, tal vez no emprenderían semejantes expediciones o no serían de tanta frecuencia, que ya se han hecho anuales.<sup>16</sup>

Igualmente deplorable era la compraventa de mujeres y niños, fuesen los propios o los que cogían en las tribus huilliches durante las incursiones bélicas o de robo. Los tratos se efectuaban en los establecimientos de la Frontera, trocando a las víctimas por animales y diversas especies.

Después de la Independencia, el comercio fronterizo prosiguió igual que antes, y se incrementó en un proceso paralelo a la intensificación de la convivencia y cierta prosperidad de los indios, reflejada en sus ganados, sementeras y otros bienes. Esa es la

<sup>16</sup> CHCh, tomo X, pág. 162.

impresión que dejan los informes oficiales y los libros de algunos viajeros que recorrieron las parcialidades: Paul Treutler, Ignacio Domeyko y Edmond R. Smith.

Paul Treutler, que a guisa de comerciante se introdujo en 1860 con el fin de averiguar dónde se encontraban los lavaderos de oro de Villarrica, explotados durante la conquista, dejó un buen relato de la forma de proceder en los negocios:

La noticia de mi llegada con muchas mercaderías —escribe— se había propagado de ruca en ruca con la rapidez del rayo, y pronto aparecieron indios con animales y otros objetos de trueque frente a mi vivienda. Yo mandé abrir mis baúles y me dediqué a ese molesto trabajo. Sin duda el lugar era muy ventajoso para el mercader, pues allí vivían muchos indios ricos, dueños de grandes rebaños, y, además, porque en Boroa, a sólo ocho leguas de distancia, había doscientos pobladores [chilenos] que también tenían numerosos rebaños y podían llegar fácilmente a Pitrufquén. Por otra parte, los indios de esas tribus pagaban precios mucho mejores que los demás, pues realizaban un activo comercio con los indios pampas a través del paso de Villarrica y hacían brillantes negocios con las mercaderías que adquirían a este lado. Finalmente el cacique Paillef velaba severamente porque todas las mercaderías compradas a los cristianos fueran pagadas puntualmente, de modo que se podía vender todo a crédito y a plazo, en la seguridad de recibir todo el pago. Los plazos se fijaban en plenilunios, y el día establecido se entregaban puntualmente los caballos y vacunos. Algunos datos permitían apreciar los excelentes negocios que podía hacer un mercader. Adquiría, por ejemplo, una vaca de dos años por 5 onzas de añil, y una de cuatro o cinco años por 10 onzas del mismo producto, cuyo precio era de 0,77 y 1,50 pesos, respectivamente. Estas vacas se vendían en Valdivia al precio de 3,75 y 7,50 pesos, respectivamente. El precio de un buen caballo, que podía revender a 22,50 pesos, era de dos libras de añil (que valían 5 pesos). Por cueros de vacunos pagaba media libra de chaquiras (precios: 37 centavos), y los revendía en 2,25 a 3 pesos. Por un cuero de guanaco o de avestruz pagaba dos libras de chaquiras, que me costaban 1,50 pesos y obtenía en la venta diez veces más. La mayor utilidad se podía hacer, sin embargo, con el aguardiente, pues los demás productos representaban ventas secundarias. En Valdivia se compraba la carga de una mula, consistente en dos barriles, cada uno equivalente a cuarenta botellas, en 22,50 a 30 pesos. Debido a que los indios, como ya informé, no beben jamás aguardiente muy fuerte, tenía que agregarle agua y transformar las ochenta botellas en ciento sesenta, pues sólo así no me enemistaba con otros comerciantes y no echaba a perder los precios. La carga de una mula me costaba 37,50 pesos, incluyendo el salario del arriero, y contenía

ciento sesenta botellas y como cada una la vendía en 0,75 pesos, ganaba más de 75 pesos en cada carga.<sup>17</sup>

Los altos márgenes de ganancia señalados por el viajero alemán ayudan a explicar la intensidad del comercio a pesar de las molestias que lo rodeaban y del riesgo que se corría. Tiempo más tarde, en 1868, iniciada ya la ocupación oficial, el coronel Cornelio Saavedra informaba al gobierno que no menos de 200 a 300 comerciantes andaban en el territorio indígena, más allá de la línea del Malleco.

## EL PROCESO DE MESTIZAJE

La aproximación temerosa y desafiante iniciada por indios y cristianos, pronto derivó en un roce humano de profundas consecuencias.

El mestizaje comenzó el mismo día que llegaron los conquistadores, debido en gran parte al escaso número de mujeres que vinieron con ellos. Entre 1536 y 1565 se han identificado 2.692 conquistadores varones y 814 mujeres, es decir, que éstas representaron el 23,21% del total. Con posterioridad, el porcentaje subió, pero siempre la masa mezclada fue en aumento, principalmente por el desarrollo de la misma población mestiza, que a su vez entraba en contacto con la nativa, multiplicando los lazos.

Cada conquistador dejó numerosos hijos mestizos cuyo número no es posible determinar, algunos de los cuales vivieron con el padre y otros permanecieron en las reducciones indígenas. Mientras la guerra estuvo activa, el roce sexual formó parte de la violencia bélica por ambos bandos. Las tropas españolas efectuaban una lucha destructiva, dentro de la cual abusar de las indias o llevárselas para la servidumbre y el placer era normal. Además, cada soldado era acompañado por un pequeño séquito a cargo de su equipo y de su alimentación, en que podían estar dos o tres indios y otras tantas indias, que eran las amantes obligadas, de suerte que el movimiento de cualquier destacamento era un trabajo abigarrado, donde se cumplían todas las funciones de la vida. El cronista Mariño de Lobera, con su inclinación a la hipérbole, anota que en un solo día, en un campamento, parieron sesenta indias.

<sup>17</sup> P. Treutler, *Andanzas de un alemán en Chile, 1851-1863*, pág. 388.

La existencia forzada de los naturales en el régimen de encomiendas contribuyó poderosamente también al contacto racial. Las indias debían concurrir a las faenas para ayudar en la mantención de los indios, y como allí pululaban españoles y mestizos, solían caer en sus manos. Era una costumbre general, también, que las indias jóvenes y de mejor presencia fuesen conducidas a las casas como sirvientes. Por último, las que quedaban en los “pueblos de indios” organizados por los españoles o en sus parcialidades, debían sufrir el abuso de cuantos transitaban por aquellos lugares. Durante los siglos XVI y XVII fueron constantes las protestas contra los soldados en tránsito, que solían llevarse a las indias que se les antojaba, sin excluir las del encomendero que les había dado hospedaje.

Podría pensarse que el mestizaje fue más intenso en la región central del país que al sur del Biobío a causa de la guerra, pero el hecho no es tan claro. En la Araucanía hubo mezcla racial porque la lucha no la impedía y porque la existencia allí de siete ciudades y varios fuertes en el siglo XVI facilitó el contacto. Posteriormente, al retroceder la dominación a la línea del Biobío tampoco dejó de haber roce y hubo un amplio espacio, a ambos lados del río, en que el mestizaje fue muy intenso.

La diferencia física entre la masa mezclada de la región central, en que es evidente la influencia blanca, y la de la región austral con predominio de los rasgos indígenas, no debe inducir a equivocaciones; se debe a que la población araucana, siendo muy numerosa, marcó fuertemente los rasgos mestizos.

Los indígenas, por su parte, fueron protagonistas activos del mestizaje, principalmente a causa del robo de mujeres. El *malón* o ataque sorpresivo con fines de venganza, pillaje y destrucción, solía procurar mujeres cautivas, blancas y mestizas, que eran internadas en las parcialidades y obligadas a la más íntima convivencia. Compartían allí la vida de las indias, permaneciendo por lo general como otras de las tantas esposas de los caciques.

Para los araucanos, ser dueño de una mujer blanca era motivo de prestigio, prueba de una hazaña, además de la utilidad en los trabajos, que le daba valor económico, sin contar la satisfacción del apetito sexual.

El hambre en los puestos fronterizos fue un factor que indirectamente aumentó el mestizaje al estimular la fuga de soldados a tierra de los indios. González de Nájera lo pudo comprobar entre sus propios hombres, a quienes no bastaba comer cueros crudos de vaca y “unos cardones gruesos no conocidos, de perversa digestión, de que se murieron dos sargentos reformados muy

honrados”, para agregar luego que “por estas necesidades se me huyó a los enemigos otro sargento también reformado llamado Salazar, de particulares y buenas habilidades, el cual después de haber estado algunos meses entre los indios de guerra, viniendo con número de ellos a hacer cierto robo a otro fuerte nuestro fue preso de los españoles, al cual mandó ahorcar el Gobernador”:

Otro soldado –prosigue el capitán– que entre los nuestros estaba en buena figura, llamado Palacios, me vino un día a pedir licencia en el mismo fuerte, para ir a las espaldas de él a cortar un haz de carrizo para aderezar su barraca, el cual venía con su arcabuz al hombro y cuerda encendida, y diciéndole que no fuese solo, aunque era tan cerca, me dijo que sus camaradas iban con él de la misma manera apercebidos, y dándole la licencia, se fue solo y se pasó a los enemigos.<sup>18</sup>

González de Nájera añadía que recientemente en Nacimiento, en una noche habían huido 19 hombres y 4 en la Imperial. Calculaba que en total no menos de 50 blancos, mestizos y negros, andaban entre los araucanos.

En 1621, los frailes dominicos de Concepción estimaban que más de 80 renegados vivían entre los indígenas, sin contar los mestizos nacidos de las cautivas españolas ni soldados tomados prisioneros.<sup>19</sup>

La rebelión indígena iniciada en 1598 y la caída de las ciudades del sur, proporcionaron a los araucanos una cantidad apreciable de cautivos, en especial mujeres y niños que dieron origen a una larga descendencia mestiza. Villarrica, Valdivia y Osorno fueron las que entregaron el mayor aporte en medio de la desesperación y la miseria.

En Villarrica, escribe Rosales, hombres y mujeres salían de las fortificaciones a recoger yerba y “el enemigo que estaba de emboscada, los cogía, y con todo esto no se podían contener las pobres señoras de salir, aunque poco a poco se las llevaba el enemigo”. Agrega el jesuita que “la gente más flaca, como las mujeres y los niños, se caían muertos de hambre, y ya las dejaba al enemigo por no verlas morir a sus ojos, y cada una se iba por donde quería, sin obediencia las hijas a las madres y las mujeres a los maridos”.<sup>20</sup>

<sup>18</sup> Alonso González de Nájera, *op. cit.*, págs. 191 y 117.

<sup>19</sup> Carta del convento de Santo Domingo, Concepción, 9 de mayo de 1621. BN.BM., ms. vol. 122, foja 333.

<sup>20</sup> Diego de Rosales, *Historia general del reyno de Chile*, tomo II, pág. 384.

Hubo casos curiosos entre tantos azares. El presbítero don Juan Barba se fue al enemigo y junto a ellos participó en los ataques contra los españoles. “Se dijo —anota Rosales— que se había ido al enemigo por una india y que entre los bárbaros vivía como ellos”.

Un episodio notable fue el del capitán Marcos Chavarri, esforzado defensor de Villarrica que, habiendo caído en una refriega mientras buscaba manzanas y frutillas con un grupo, quedó prisionero de los sitiadores. Estos le respetaron la vida, como a muchos otros, y llevado a las cercanías de Villarrica, el capitán pidió le enviasen a su mujer y a su suegra y lo mismo pidió un soldado:

diciendo que ya su suerte y su desgracia los había traído y que viéndolo los indios con sus mujeres les conservarían la vida y si no los matarían en la primera borrachera, que ese era su uso: con que se las dieron, y ellas salieron con gusto por librarse del hambre y por acompañar a sus maridos en sus trabajos y servirles.<sup>21</sup>

La suerte de las prisioneras de Villarrica y de las demás ciudades fue deplorable. Debieron servir de criadas a las indias y emplearse en cocinar y hacer chicha:

que a esta desdichada suerte trajo la fortuna a todas las españolas de esta ciudad rica, y a que se viesen tan pobres y desnudas que apenas tenían una mala manta con que cubrir sus delicadas carnes, descalzas, maltratadas de las indias que antes les servían, y hechas mofa y escarnio de las demás.<sup>22</sup>

El cautiverio fue largo. Algunas personas fueron rescatadas en los combates o mediante trato; pero muchos no fueron liberados o se negaron a regresar. Marcos Chavarri, por ejemplo, obtuvo su libertad después de veinticinco años y a los 68 de edad. “Salió ya viejo y lleno de canas, quebrantado de los trabajos y con algunos achaques, pero en su persona mostraba sus bríos y grande valor, y en su talle, que era alto y bien dispuesto, daba a entender haber sido formidable al enemigo”.<sup>23</sup>

Cada tanto se presentaban, sin embargo, ocasiones propicias para rescatar cautivos, especialmente cuando algún gobernador o algún capitán ganaba la voluntad de los caciques. El gobierno del

<sup>21</sup> Diego de Rosales, *Historia general del reyno de Chile*, tomo II, pág. 384.

<sup>22</sup> Diego Rosales, *op. cit.*, tomo II, pág. 387.

<sup>23</sup> Diego de Rosales, *op. cit.*, tomo II, pág. 659.

doctor don Cristóbal de la Cerda, entre 1612 y 1621, parece haber sido uno de ellos, pues durante su transcurso cobraron su libertad más de ochenta cristianos de ambos sexos, mediante fuga o pago de rescate.

Otra oportunidad para liberar a viejos cautivos, se presentó antes y después del parlamento de Quillín, celebrado en 1641, ocasión en que diversos caciques entregaron sus prisioneros al gobernador marqués de Baidés en demostración de su buena disposición. No menos de treinta y cinco personas fueron las favorecidas, entre ellas Francisco de Almendras:

que habiéndole capturado mozo, de poca edad, se había aplicado a herrero y ganado mucho con el oficio, que entre ellos [los indios] es el más honroso, y adquirido muchas mujeres, viviendo en la ley de los bárbaros como ellos; y aunque criado entre infieles, conservó siempre la piedad y el deseo de salir de entre ellos y confesarse... y ahora que halló ocasión oportuna de salir de entre las llamas de Sodoma, salió con mucha de su familia y hijos; dejando otros que ya estaban casados y emparentados que no le quisieron seguir, y él se confesó y comulgó, con grande abundancia de lágrimas, causándoles a los que le veían como hijo pródigo volverse a casa de su padre tan arrepentido de los desperdicios de la vida pasada, la cual cuidó de todo punto, casándose a ley de bendición con una de sus mujeres y dejando las demás, y, perseveró hasta la muerte en una vida de mucho recogimiento, oración y lágrimas, que era hombre muy pío y deseoso de su salvación.<sup>24</sup>

A poco andar fue rescatado, también, Francisco Fris, con muchos hijos, mujeres y parientes "a la usanza de los bárbaros", que luego contrajo enlace con una de ellas separándose de las demás.<sup>25</sup>

Para las mujeres, el cautiverio fue peor que para los hombres. Algunas fueron rescatadas después de dar varios hijos a sus captores, mientras que muchas vieron llegar sus últimos días sin ser liberadas. Las que abandonaban el cautiverio lo hacían en estado deplorable, desgñadas, con los pies estropeados, vistiendo como indias y agobiadas por la vergüenza de los ultrajes. También ocurrió que muchas, por su degradación, se negaban a volver. El gobernador Alonso de Ribera informaba que muchas se encontraban "tan aquerenciadas, paridas y preñadas", que rehusaban ser rescatadas.

<sup>24</sup> Diego de Rosales, *op. cit.*, tomo III, pág. 187.

<sup>25</sup> Diego de Rosales, *op. cit.*, tomo III, págs. 188 y 256.

La estancia voluntaria entre los indígenas, después de transcurrido algún tiempo, fue un fenómeno de cierta frecuencia. Jerónimo de Quiroga, durante sus primeras campañas, se llevó algunas sorpresas al respecto. En las páginas de su crónica, recuerda que el año 1644, estando en un campamento, acertó a pasar

una india blanca, y preguntándole si vendía alguna cosa de comer respondió en lengua castellana que sólo se andaba paseando, y preguntándole quién era dijo que española cautiva y como yo era recién llegado al ejército le dije se quedase pues estaba entre nosotros, y con ninguna razón la pude persuadir, con que diciéndole si era cristiana dijo que sí y que se llamaba doña Angela. Repliquéle que cómo quería condenarse volviendo al barbarismo, y enfadada no quiso hablar más en castellano y se iba retirando. Yo la agarré y llamé a quien me ayudase para llevarla al Capitán General: llegó gente y se rieron todos de mi bobería, viendo que era permitido dejar a esta gente entre los indios.<sup>26</sup>

Generalizando sobre el tema, Quiroga anota que días más tarde, al llegar al sitio donde había estado la ciudad de la Imperial

los indios dieron permiso a los españoles cautivos para que se viniesen libremente a nuestro campo; pero como hacia tantos años que padecían aquella servidumbre, quedaban ya muy pocos, y éstos nunca quisieron dejar el vicio que estaba en ellos hecho naturaleza, y los demás eran nacidos en el barbarismo... a estos bárbaros blancos les pareció dura servidumbre salir de los bienes en que estaban nacidos y criados, y nuestra lengua la extrañaban como quien nunca la había oído. Es cierto —prosigue Quiroga— que fuera de gran servicio de Dios y crédito de la nación no dejar persona blanca entre estos bárbaros, porque son peores y más altivos que los indios, y son los cuchillos de mayor nombre entre ellos. Y es cosa vergonzosa que estos pícaros muevan las armas contra nosotros, y mayor que los indios se sirvan y aprovechen de tanta mujer blanca y rubia como tienen en su servicio.<sup>27</sup>

La caída de las ciudades del sur fue el hecho que proporcionó mayor número de cautivos, pero constantemente las irrupciones de los nativos y las escaramuzas les deparaban nuevas criaturas. Refiere el jesuita Juan Bell que en 1655, en medio de la gran rebelión, un cacique ideó mostrar gran cantidad de comida a vista del fuerte de Arauco, que padecía los rigores del hambre, y exci-

<sup>26</sup> Jerónimo de Quiroga, *Memoria de los sucesos de la guerra de Chile*, pág. 284.

<sup>27</sup> Quiroga, *op. cit.*, págs. 284, 286, 369, 370 y 402.

tar a las mujeres a salir a comprar lo que deseasen. Pero todo no era más que un ardid, muchas veces repetido, porque habiendo salido unas 130 mujeres y niños, españoles e indígenas, cayeron sobre ellos unos guerreros emboscados y se los llevaron prisioneros.<sup>28</sup>

Finalmente, cabe recordar que los indios obtenían mujeres de otra forma: algunas eran capturadas por los nativos de las pampas argentinas en las cercanías de Mendoza, San Luis o Buenos Aires y vendidas a los pehuenches o a los araucanos, situación que se prolongó hasta la primera mitad del siglo XIX.

En los avatares de la vida fronteriza pululaban también los renegados, que por propia voluntad habían abandonado el lado cristiano. Los mestizos, por su situación inferior dentro de la sociedad hispanocriolla y su inestabilidad anímica por ser mal considerados, huían a veces al campo indígena y prestaban allí grandes servicios. Solían trabajar como herreros, que adaptaban y forjaban armas, y hubo un caso, al menos, el del mestizo Prieto, que trató de fabricar pólvora y enseñó a algunos naturales a disparar los arcabuces. Los mestizos enseñaban otras técnicas, explicaban los métodos de los españoles y colaboraban en las batallas. Por todas estas circunstancias, lograban una posición de privilegio y, completamente adaptados a la vida nativa, procreaban muchos hijos y obtenían tierras y otros bienes.

También hubo hispanocriollos que por diversas circunstancias se aventuraron a vivir entre los indígenas. Cualquier contraste en su existencia los llevaba a tomar esa determinación, acaso disgustados con su sociedad o por la necesidad de huir de la justicia.

La documentación suele consignar de paso las actuaciones de uno que otro renegado, principalmente mestizos y mulatos, sin que falten españoles o criollos. Rosales recuerda el caso curioso de un Gaspar Alvarez, que siendo mozo y de poca experiencia, desertó del fuerte de Arauco y se fue a vivir con los naturales. Estos lo aceptaron, y como se dedicase a hacer sombreros, oficio que no existía entre los araucanos, fue respetado por ellos, juntó buena hacienda y compró muchas mujeres. El hombre sabía leer y escribir, porque había sido colegial en Quito, y pudo prestar grandes servicios a los caciques, redactando comunicaciones a los jefes españoles en las buenas y en las malas. Al fin, arrepentido de su aventura, facilitó el trato pacífico con el marqués de Baidés y

---

<sup>28</sup> Juan Bell (seudo Miguel de Olivares), *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, en CHCh, tomo VII, pág. 314.

logró que algunas parcialidades concurriesen a las paces de Qui-lín, mereciendo por ello el perdón del Gobernador.<sup>29</sup>

Otros renegados que regresaban no eran tan dignos de confianza, como un Juan Sánchez, cuyas andanzas consigna el gobernador Alonso García Ramón, “había nueve o diez años estaba entre los indios, el mejor capitán que ellos tenían, el que ponía en ejecución cuanto a la guerra se determinaba y el que siempre ha llevado la vanguardia en todos los desgraciados sucesos que se han ofrecido”. El Gobernador se alegró con el regreso de Sánchez y aceptó su colaboración, porque ya no podía volver a los indios después de haberlos traicionado. En todo caso, informaba más adelante que vivía con el recato posible y que luchaba ardorosamente contra el enemigo, pero en todo caso se le tenía a la mira.<sup>30</sup>

Los renegados contumaces también hicieron sus fechorías. Tribaldos de Toledo recuerda un motín fraguado en el fuerte de Arauco

por cinco españoles criollos de aquellas partes, que pocos días antes se rescataron del enemigo porque como gente de ruin hecho y abandonado nacimiento y ya casi convertidos en la propia naturaleza de los indios, donde habían dejado sus mujeres e hijos, les pareció volverse con ellos por gozar de vida más licenciosa. Su plan fue abominable y lo realizaron con toda frialdad; ayudados por unos yanaconas asesinaron a diez cristianos que encontraron en los campos cercanos y les cortaron las cabezas para llevarlas a los caciques como prueba de su determinación de luchar contra sus hermanos. Sin embargo, una partida del Ejército les dio alcance y los arcabuceó.<sup>31</sup>

El número de renegados es imposible de determinar. No deja de ser interesante que Núñez de Pineda durante su cautiverio observase que en las parcialidades había españoles desde hacía mucho tiempo, que no eran cautivos, sino que por su gusto vivían a la usanza de los indios.<sup>32</sup> Es sintomático también que en una sola incursión de los indígenas, el año 1603, participasen unos quince entre españoles, mestizos y mulatos.<sup>33</sup>

<sup>29</sup> Diego de Rosales, *op. cit.*, tomo III, pág. 176.

<sup>30</sup> Caso citado por C. Errázuriz, *Historia de Chile durante los gobiernos de García Ramón, Merlo de la Fuente y Jaraquemada*, tomo I, pág. 229.

<sup>31</sup> Luis Tribaldos de Toledo, *Vista jeneral...*, en CHCh, tomo IV, pág. 126.

<sup>32</sup> Crescente Errázuriz, *Seis años de la historia de Chile*, tomo II, pág. 257.

<sup>33</sup> Francisco Núñez de Pineda, *Cautiverio feliz...*, en CHCh, tomo III, pág. 219.

Por último, otros personajes que vivieron entre los indígenas desde el siglo XVII fueron los capitanes de amigos, que cumplían una misión oficial, aunque muy identificados con la existencia de la Araucanía, donde poseían varias mujeres, tierras y ganados.

Los nacidos en la Araucanía, que por regla casi invariable quedaron residiendo allí, no fueron mirados por los indios como seres extraños, y se formaron perfectamente dentro de las modalidades propias, sin diferenciarlos de los hijos habidos en indias. La mejor prueba está en que muchos de ellos heredaron los cacicazgos por primogenitura. Un caso bien conocido, correspondiente a la primera mitad del siglo XVII, es el del cacique don Antonio Chicaguala que, según el padre Rosales, era "mestizo de gallardo talle y linda disposición, hijo de un gran cacique de Maquegua que tuvo por mujer a doña Aldonza de Aguilera y Castro, una señora cautiva muy principal de quien tuvo este hijo y otro llamado don Pedro".

Otros caciques mestizos fueron don Alonso Nahuelguala y don Felipe Inalicán; pero el más notable fue don Martín de las Cuevas y Palán de la parcialidad de Toltén. Su padre había sido don Rodrigo de las Cuevas, capturado niño al caer la ciudad de Valdivia, y su madre una hija del cacique de Toltén. Cristiano y gran amigo de los españoles, don Martín se esforzó en mantener apaciguados a sus indios y prestó numerosos servicios a los dominadores. Se opuso a los alzamientos de otras reducciones y colaboró en algunas ocasiones atacando a los rebeldes. Estas actuaciones le valieron ser reconocido como cacique gobernador de Toltén, obtener el título de maestre de campo y ser designado benemérito, con sueldo pagado en las cajas de Valdivia. Los descendientes de Cuevas se mantuvieron en el cacicazgo por lo menos hasta fines de la Colonia y estuvieron en la categoría de indios amigos.

En algunas localidades el mestizaje fue tan intenso que los rasgos blancos, sin que faltasen cabellos rubios y ojos claros, matizaron el aspecto de la población. Toltén se caracterizó por tener "la gente más bien dispuesta de toda la tierra y donde hay mucha sangre española pues casi todos son mestizos".<sup>34</sup>

Boroa fue, sin embargo, el lugar que representó el caso más notorio, como recuerda el padre Juan Bell:

Toda la más gente que tiene esta parcialidad de Boroa es mestiza; y también blanca como españolas de quien por parte de padre o

<sup>34</sup> Carta del Provincial de la Compañía de Jesús al Virrey del Perú, Santiago, 3 de agosto de 1683. BN.BM., ms. vol. 166, foja 212.

madre descenden de los muchos cautivos que cogieron cuando se destruyeron las ciudades; y ellos se precian de eso, y aunque tengan, como todos tienen propio nombre de la tierra, conservan el apellido de sus descendientes. A este paraje de Boroa, viendo la tierra de paz... entraron nuestros padres el año de 1646 [1648] y sentaron su habitación en el fuerte que había de españoles. Hallaron los padres mucha y buena disposición en aquella gente, principalmente en aquellos españoles y españolas cautivos; que desde el alzamiento general estaban padeciendo como esclavos en la porfiada guerra de cincuenta años, muchos hijos de éstos se habían multiplicado en tanto espacio de tiempo y bautizado en el cautiverio sin noticias de los misterios de nuestra santa fe, como también muchos indios viejos de los que bautizaron los españoles, y sacerdotes antiguos, que todavía conservaban memorias de lo que les habían enseñado de la doctrina cristiana; pero con muchos errores, abusos y supersticiones.<sup>35</sup>

Mestizaje y transculturación marchaban de la mano. En el siglo XVIII, después de dos centurias de contacto racial, el mestizaje era un fenómeno extendido en la Araucanía, si aceptamos el parecer de don José Perfecto de Salas, que anota que “de las cuatro partes, más de las tres no son indios puros, sino españoles o mestizos”.

Esa condición, según Salas, era especialmente valorada por los mestizos, que conservaban, por la tradición, el recuerdo exacto de su origen y lo manifestaban con elocuente arrogancia en las arengas que pronunciaban en las reuniones con los españoles.

## LOS INDIOS AMIGOS

En el mundo activo de las relaciones fronterizas cupo papel de primer orden a los indios amigos, como se designaba a los que vivían cerca de la línea fronteriza y que se habían convertido en colaboradores de los españoles en la paz y en la guerra. En un comienzo, los amigos habían sido muy pocos, pero el transcurso del tiempo amplió su número y su distribución geográfica.

El apoyo indígena a los conquistadores fue fundamental, tanto en la preparación de las expediciones, como auxiliares, y, en algunos casos, como combatientes al enfrentar a otros pueblos o tribus. Es evidente que sin esta ayuda la conquista no habría podi-

<sup>35</sup> Alonso González de Nájera, *op. cit.*, pág. 383.

<sup>36</sup> *op. cit.*, pág. 383. La designación de *amigos* se restringe a los indios que

<sup>35</sup> Juan Bell (seudo Olivares), *op. cit.*, en CHCh, tomo VII, pág. 396.

do realizarse. Para comprender la importancia de la ayuda basta pensar en la alianza de los tlascaltecas con Hernán Cortés, que fue decisiva para derrotar a los aztecas, y la colaboración prestada por los incas a Pizarro y Almagro.

Una consideración adecuada del papel jugado por los indios amigos debe partir de algunos conceptos básicos. En primer lugar, los aborígenes no constituían un bloque sólido y único, de modo que viejas y nuevas disputas mantenían vivos muchos antagonismos y odios, que en cualquier momento desataban la lucha. Tratándose de pueblos poco evolucionados, como los araucanos, que carecían de un gobierno central y cuyas autoridades locales eran débiles, sus disputas internas eran continuas y feroces, formándose alianzas y deshaciéndose con rapidez, estando a menudo dispuestos a recibir la ayuda de extraños o a acompañarlos en sus incursiones bélicas.

En segundo lugar, participar en la lucha al lado de los invasores les daba la oportunidad de obtener botín, mujeres y niños que, en el caso de los araucanos, era una vieja costumbre y constituía una necesidad importante.

Por esas razones, muchos grupos vieron a los castellanos como excelentes aliados y no vacilaron en ligarse a ellos.

En 1549, al salir de Santiago para iniciar la expansión en la Araucanía, los hombres de Pedro de Valdivia iban acompañados por picunches, que les ayudaban en el transporte y que luego combatieron contra los araucanos. Desde entonces ése fue un hecho frecuente, y durante las campañas de Lautaro al norte del Biobío, tuvieron actuaciones importantes para detener a esas huestes, con las que tenían serias diferencias. El capitán y encomendero Juan Jufre condujo en algunos momentos 700 indios de su encomienda de la región del Maule, que junto con las fuerzas hispánicas entraron hasta el distrito de Concepción.

Sin embargo, los indios amigos de nuestro tema son los que tuvieron esa categoría entre los mismos araucanos, cuya colaboración fue muchísimo más importante y prolongada.

Los españoles tuvieron conciencia del papel fundamental desempeñado por los indios amigos en la guerra. Tanto las crónicas como los documentos coinciden en este punto, que se puede comprender al situarse en el panorama de pobreza, ineficiencia y falta de medios en el Ejército de Arauco. Para González de Nájera, los amigos "son el verdadero cuchillo de los rebeldes".<sup>36</sup> Santiago de Tesillo, por su parte, los califica de nervio principal de la gue-

<sup>36</sup> Alonso González de Nájera, *op. cit.*, pág. 165.

rra, y un alto funcionario opinaba en 1621 que “la mayor fuerza con que hoy se hace la guerra y se ha de hacer aunque más españoles haya, es con los indios amigos”.<sup>37</sup>

Tesillo, siempre minucioso en el relato de la lucha, es cronista que no olvida mencionar la cantidad de amigos que acompañaban a los destacamentos hispanocriollos. Según sus datos, solían duplicar y hasta sextuplicar al número de soldados. Otro cronista calculaba, a comienzos del siglo XVII, que los nativos amigos eran unos 6.000, y que podrían organizarse en 30 compañías para que sirviesen ordenadamente en las incursiones.<sup>38</sup>

Las primeras agrupaciones de indios surgieron junto a los fuertes debido a que no podían sustraerse a la vigilancia y tenían que permanecer sometidos. En general, fueron las reducciones cercanas a Concepción las que se aliaron a los cristianos: “coyuncheses, gualques, quilacoys, reres, quechereguas, talcaguanos, andalicanes y araucanos”.<sup>39</sup> Esa misma proximidad los convirtió en auxiliares, que a cambio de cualquier recompensa, generalmente de valor insignificante para los españoles, llevaban leña, pasto, agua, y en ocasiones, alimentos.

Los indios amigos fueron, además, peones que limpiaban los fosos, reparaban las empalizadas, reforzaban los terraplenes y ayudaban en la construcción de barracas en los fuertes. Se creó así una dependencia provechosa para unos y otros, y no tardaron los amigos en acompañar a los cristianos como guerreros en las campañas contra las reducciones del interior.

Durante la marcha actuaban como exploradores, despejaban los senderos, formaban cuerpos de vanguardia. En los campamentos cuidaban la caballería y conducían pasto y leña. Pero la mayor ayuda la prestaban, sin embargo, en los choques armados, a los que siempre estaban decididos a entrar. Atacando con desorden, con sus propios elementos luchaban de manera encarnizada, constituyendo, más que fuerzas de apoyo, cuerpos con iniciativa propia que eran decisivos para el triunfo.

Se mostraban activos en la persecución, matando sin piedad, alanceando a los prisioneros y cercenando luego sus cabezas. En las rucas se apoderaban de todos los bienes que les interesaban;

<sup>37</sup> “Advertencias del licenciado Machado”, 14 de marzo de 1621. BN.BM., ms. vol. 122, foja 113.

<sup>38</sup> Alonso González de Nájera, *op. cit.*, pág. 283.

<sup>39</sup> *Idem*, pág. 282. La designación de araucanos se restringe a los del golfo de Arauco.

destruían, quemaban y se llevaban a las mujeres y los niños, comiéndolo todo tipo de atrocidades.

González de Nájera, a comienzos del siglo XVII, ya señalaba la importancia de la colaboración de los indígenas, que servían de guías en las expediciones, preparaban emboscadas y “cogían lengua”, es decir, averiguaban los planes del enemigo, etc.:

Son los más capitales enemigos que tienen los indios rebelados o de guerra... además de ser con ellos cruelísimos, porque como ladrones de casa, saben la tierra y dónde los han de hallar. Son sueltos y diestros en andar por los montes como criados en ellos, a donde siguen y dan alcance a los contrarios mejor que nuestros españoles... Abren paso con hachas a nuestro campo, haciendo camino en lo cerrado del bosque. Son fieles centinelas y atalayas en las emboscadas que hacen nuestros españoles, y en las que ellos ponen, son muy sufridos y empeñosos... De los cuales oficios saben nuestros españoles que si en cualquiera de ellos faltasen, no sería posible suplir ellos su falta en ninguna otra gente.<sup>40</sup>

Muchas décadas más tarde, Quiroga abundaba en consideraciones sobre la ayuda prestada por los indios aliados:

en la guerra son los primeros a auxiliar nuestras armas; son los que reparan los primeros golpes, como las murallas y trincheras nuestras; son los que abren y cierran los caminos; son los que fabrican los puentes y las balsas y embarcaciones para pasar los ríos; son los que cortan y guardan las avenidas del enemigo; son los que manejan las balsas en que pasa el ejército los ríos caudalosos, los que traen hierbas para los caballos, los que hacen las estacadas cuando alojamos campeando, y los que pasan los caballos y ganados nadando por los ríos, y pierden sus caballos nadando, y las vidas muchos. Son los que incansablemente acuden a las poblaciones y reedificaciones de las Plazas y Presidios y a sus reparos, y otras infinitas cosas que ejecutan con más tesón y liberalidad que los españoles.<sup>41</sup>

Las opiniones de dos capitanes tan experimentados, como eran González de Nájera y Quiroga, sin contar muchos otros testimonios, si se aquilatan debidamente, significan que las acciones del Ejército descansaron en gran medida en el apoyo indígena y que, probablemente, de no haber existido, la dominación habría sido muy difícil si no imposible. Queda en evidencia, además, que la guerra fue entre una alianza de hispanocriollos y araucanos

<sup>40</sup> Alonso González de Nájera, *op. cit.*, pág. 277.

<sup>41</sup> Jerónimo de Quiroga, *op. cit.*, pág. 368.

contra araucanos. Sólo que los indios amigos eran menos que los enemigos.

La fidelidad que, en general, mostraron los amigos a los invasores es sorprendente, aunque tiene explicación. Sobre el punto, González de Nájera es quien entrega sólidas apreciaciones. Se admira el cronista de que

haya parte dellos que de su voluntad, no sólo se contente de pasarse de nuestra parte, pero tan en nuestro favor y ayuda, que negando su misma nación, amigos y parientes, les hagan tan cruel guerra... y sobre todo, es mucho más de considerar que siendo aquella nación de su natural, en todo extrema, falsa y engañosa, sin honra y sin palabra, y tan traidora a los suyos mismos... guardarnos tanta lealtad y fe, que con haber habido de nuestra parte destos amigos tan grande número que excedía con gran demasía al de nuestros españoles, no se sabe hasta ahora que haya vuelto las armas contra los nuestros, acompañándolos en la guerra, donde ven cada día mil ocasiones de descuidos en nuestra gente cansada y dormida, confiada en su lealtad, así de noche como de día, entre sus espesos montes de las tierras de guerra, donde podían, muy a su salvo, en un repentino acontecimiento, hacer la suerte que quisiesen en los nuestros.<sup>42</sup>

La explicación del fenómeno, para el capitán, residía en dos hechos: el gran apego de los indios al terreno donde habitaban y las penurias que debían afrontar cuando tenían que refugiarse en las parcialidades del interior. Sin descartar el cariño por sus tierras, en esa actitud debía estar presente el vínculo con una posesión indispensable para la subsistencia, en la que mantenían cultivos y ganados y efectuaban la recolección y la caza. Si los invasores garantizaban esa situación, aunque en forma restringida, resultaba aceptable o menos desastrosa que acogerse a una reducción de tierra adentro, donde tarde o temprano surgirían problemas. También era una ventaja que la calidad de amigos los exceptuase del trabajo de la encomienda o del pago de tributos, de acuerdo con las disposiciones de la corona. Las labores que efectuaban para los dominadores les eran retribuidas en especies o les significaban ventajas especiales.

Vivir junto a los blancos era aprovechar toda clase de oportunidades, participar en pequeños negocios, lograr recompensas o robar alguna cosa. Más importante, sin embargo, era acompañar a los destacados del Ejército o a cualquier grupo de soldados en

<sup>42</sup> Domingo Amánargu, *op. cit.*, pág. 278.

<sup>42</sup> Alonso González de Nájera, *op. cit.*, pág. 278.

sus incursiones. De esa manera se obtenían despojos, armas, enseres, caballos y otros animales. También mujeres, niños y hombres, que podían ser vendidos como esclavos.

En caso de huir y refugiarse entre indios de guerra, éstos los miraban y trataban como forasteros y los menospreciaban por no haber defendido sus tierras. Les enrostraban su situación y les preguntaban hasta cuándo debían tenerlos a su cargo. Durante las fiestas y borracheras, los agravios se hacían más duros y había incidentes graves. Tratados de cobardes, se sentían corridos:

De aquí nace —escribe González de Nájera— que viéndose tan desestimados en tierras ajenas, juntándoseles con esto el natural amor y recordación de donde nacieron y se cifraron, todas las cuales razones les obligan a resolverse a pasarse de nuestra parte a gozar de sus propias tierras, teniendo por mejor el verse restituidos en ellas sirviendo a sus enemigos, que sufrir de los suyos tales denuestos.<sup>43</sup>

Vueltos a sus tierras, al amparo de los cristianos, los indios amigos aprovechaban las ocasiones propicias para atacar y vengarse de quienes los habían ofendido, y de esa manera se profundizaban los odios para siempre.

Los sucesos habían obligado a los que se restituían a sus aduares, a permanecer aliados de los hispanocriollos, según anota sagazmente González de Nájera:

Aquí se ha de notar una cosa que debe ser entendida, y es que aquellos indios de tal manera reducidos, que poseen sus tierras entre los nuestros, do tienen sus familias y asiento, cuando más cercano viven de los nuestros, tanto más les guardan mayor lealtad, como hombres que tienen sus tan caras prendas en nuestro poder, y para gozar dellas procuran acreditarse mostrándolo en la guerra en nuestra ayuda contra los rebeldes haciéndose aborrecer de éstos.

La lealtad de los indios amigos fue casi inquebrantable, en lo que debe verse todo el complejo de presiones e intereses que los movían. La adhesión a los invasores brindaba muchas utilidades y, por otra parte, la ferocidad de la lucha los apartaba definitivamente de los suyos. Hubo, sin embargo, algunas poquísimas ocasiones en que se rebelaron, como ocurrió durante los levantamientos generales de 1598 y 1654.

<sup>43</sup> Alonso González de Nájera, *ob. cit.*, pág. 279.

En tales oportunidades fueron arrebatados por la marea general y, según explica Rosales, entre sus motivos estuvieron los abusos que los hispanocriollos solían cometer con ellos, obligándolos a trabajos que no les correspondían y quitándoles o comprándoles a precio insignificante los esclavos que capturaban en la lucha.<sup>44</sup>

Los indios amigos se veían en una situación muy comprometida que ocasionalmente les producía mucho daño y los impulsó, en oportunidades aisladas, a adaptarse a uno u otro lado. Toda la complejidad del fenómeno se revela en el *Manifiesto apolojético* de Rosales, en que el jesuita recoge un episodio muy significativo. Anota que los amigos de Arauco, San Cristóbal, Talcamávida y Santa Juana acompañaron al Ejército en la larga campaña de 1655. La ocasión fue aprovechada por los rebeldes para entrar en las tierras de aquéllos y vengarse llevándose sus mujeres y niños, que habían quedado sin tener quién los protegiese.

Vueltos los indios amigos, hallaron sus casas quemadas, muertos sus ganados y ausentes sus familiares. Optaron, entonces, por irse a los indios de guerra, convivieron con ellos y participaron en la lucha contra los cristianos, hasta que ganada la confianza de sus hermanos de sangre, pudieron recuperar sus mujeres y sus hijos. Al cabo de cuatro años, con ellos a su lado, regresaron a sus tierras junto a los blancos. “Dieron la paz —concluye Rosales— disculpándose de la fuga, y han perseverado y perseveran hasta hoy fieles y leales”.<sup>45</sup>

La existencia de los indios amigos y su aporte al bando hispanocriollo condujo a organizarlos tempranamente y a establecer formas de pago. Poco después de creado el real situado, aparece en 1613 una remuneración de 1.941 pesos y 2 reales “en pagas y socorro de indios los 2.351 caciques e indios amigos, que sirven en la guerra contra los rebeldes”. Esa cifra, se especifica, incluía 50 pesos al cacique o toqui de la Imperial, don Juan de Molina, y a indígenas que trabajaban en los cultivos y cosecha en la estancia de Su Majestad e isla de Santa María y en las embarcaciones y las caravanas que transportaban trigo.<sup>46</sup>

<sup>44</sup> Diego de Rosales, *Manifiesto apolojético de los daños de la esclavitud del reino de Chile*, en la obra de Domingo Amunátegui Solar, *Las encomiendas de indígenas en Chile*, tomo II, págs. 229, 247 y 256.

<sup>45</sup> Domingo Amunátegui, *op. cit.*, pág. 256.

<sup>46</sup> Antonio Vásquez de Espinosa, *Descripción del reino de Chile*, pág. 108, párrafo 2019.

Diez años más tarde aparecen datos mejor detallados. Un total de 40 indios, que escoltaban las caravanas de pertrechos, ganaba 2.700 pesos, más ración de trigo y carne; 38 se desempeñaban en las embarcaciones o balsas del Biobío; 22 trabajaban en la estancia real de Catentoa al cuidado del ganado vacuno y 8 “en la estancia de yeguas”, con pago de 2.053 pesos; un número indeterminado laboraba como gañanes en la estancia de Buena Esperanza, con una asignación de 5.400 pesos. Además, algunos efectuaban trabajos de jornaleros de construcción y otros servían de espías en tierra del enemigo, pagándoles 500 pesos en géneros, sombreros, cuchillos, sal, pan, vino y carne.<sup>47</sup>

El año 1633, los amigos considerados en el situado eran 180. Cada uno recibía 27 pesos y 4 reales, dos potros, 3 vacas, 6 fanegas de trigo y 6 de harina. En 1664 eran 313, distribuidos de la siguiente manera: 90 en el fuerte de Talcamávida, 73 en el de San Cristóbal, 30 en el de Itata y 120 en el de Lota.<sup>48</sup>

Es evidente que las cifras señaladas corresponden sólo a los naturales que recibían pago y que vivían junto a los fuertes y en sus inmediaciones. Otro número, mucho mayor, residentes en tierras más apartadas y ligados a los blancos de una manera no tan estrecha, no estaban sujetos a pago, aunque la situación no es enteramente clara.

En 1862, un recuento de los indios amigos aptos para la lucha daba el siguiente resultado, aunque incompleto, según las localidades dispuestas de norte a sur:<sup>49</sup>

Yumbel	300
San Cristóbal	600
Talcamávida	100
Santa Juana	60
Santa Fe	40
Angol	100
Purén	400
Repocura	300
Boroa	800
Total	2.700

<sup>47</sup> Juan E. Vargas Cariola, *Financiamiento del Ejército de Chile en el siglo XVII*, en revista *Historia*, núm. 19, pág. 184.

<sup>48</sup> Juan E. Vargas Cariola, *El Ejército de Chile en el siglo XVII*, pág. 238. Tesis inédita.

<sup>49</sup> Citado por Patricia Cerda, *Frontera y sociedad en Hispanoamérica. La región del Biobío, Chile, 1604-1883*. Tesis inédita, Universidad Libre de Berlín.

Al finalizar el siglo XVIII, cuando la paz se había generalizado, el número de los que se podían considerar amigos se había ampliado de manera notable y se mantenía sujeto a oficiales designados por el Ejército. Así lo informaba el Fiscal de la Real Audiencia al monarca.

compónese el número de estos indios que llaman amigos según la matrícula que he visto hecha con especial cuidado y diligencia de 18.000 hombres de lanza que salen armados en las ocasiones de guerra, y se juntan en 59 reducciones en las tierras donde habitan con otros tantos capitanes españoles e intérpretes que los convocan y aperciben cuando es conveniente para alguna operación.<sup>50</sup>

La cifra señalada por el Fiscal parece exagerada, según datos comparativos. Debía corresponder a la mayoría de las reducciones, incluyendo desde las más fieles a los hispanocriollos hasta las de tierra adentro que, en ese momento, admitían formas pacíficas de relación y tenían contacto con los “capitanes de amigos”.

En todo caso, la apreciación del funcionario, basada en un registro minucioso, demuestra un hecho notorio: la situación de paz estaba tan extendida, que permitía considerar amigos casi al total de los araucanos.

El transcurso del siglo XVIII no hizo sino prolongar ese estado de cosas, de tal modo que la diferencia entre amigos y rebeldes llegó a ser borrosa, aunque la independencia de los naturales se hacía más marcada conforme la lejanía de los puestos fronterizos.

La amistad de los indígenas y los intereses que los ligaban a los blancos resultaron evidentes para don José Perfecto de Salas cuando, precisamente en la mitad de la centuria, efectuó un viaje oficial a través de la Araucanía, desde Concepción a Valdivia. En el informe de su comisión, el perspicaz funcionario reveló al monarca la verdad sobre el pueblo araucano, que a él mismo le resultó sorprendente:

Los indios —escribía al rey— que el miedo, el interés y la adulación ha fingido tan bárbaros, fieros e inhumanos, ha hallado mi experiencia, mansos, dóciles y racionales, y lo que es más prodigioso, al oír sólo el nombre V.M. no hay demostración de rendimiento y veneración que no practique... yo emprendí el viaje por tierra contra el dictamen de todo el mundo, creyendo más y más la ponderada arduidad, mientras más me acercaba a aquellos límites; en fin,

<sup>50</sup> Carta fechada en Santiago el 9 de abril de 1696. BN.BM., ms. vol. 169, pieza 3519.

yo me introduje por el camino de los Llanos, y por donde desde el año de 1723 estaba cerrado el paso, y aunque los más condescendientes eran de parecer que debía lo menos llevar una crecida escolta, arriesgando con todo eso mi vida, y una inquietud general de la tierra, que por consiguiente esperaban se levantase, cuando no fuese más que por la sospecha de que yo les iría a observar sus movimientos... con todo eso, firme en el concepto contrario, no llevé más escolta que la de dos criados, un capellán y dos buenos intérpretes, prácticos del terreno y sus habitantes, y aunque es verdad que a pocas leguas de haber internado se congregaron a mi torno, excitados de la novedad, innumerables indios, pero apenas los convoqué y les hice una arenga, expresándoles quién era, los fines que me conducían, añadiéndoles entre otros que como Ministro de S. M. y su Fiscal deseaba tratarlos e informarme de su vida y gobierno, para participarlo a mi soberano; cuando se levantó una incomprensible algazara de aplauso y celebración, significando con mil varias demostraciones su gusto, regocijo y obediencia; de suerte que desde allí puedo decir y asegurar que fui llevado en palma de los indios por todas sus tierras, mostrándome ellos mismos cuanto había digno de verse, festejándome con músicas y cargándome de excesivos regalos, con tal abundancia de comestibles que nunca vi igual profusión, compeliéndome muchas veces a hacer cargar muchas mulas de víveres y provisiones, que no necesitaba, franqueándome caballos, guías, escoltas y de todo cuanto consideraron conducente a mi transporte.<sup>51</sup>

Salas llegó a Valdivia después de recorrer unos 450 kilómetros sin el menor problema, en un viaje que pareció triunfal. Durante su regreso a Concepción fue abrumado con las mismas atenciones:

jamás me faltó la escolta de quinientos o mil indios armados, que venían a mi disposición de orden de sus caciques y gobernadores. Hubo ocasión que en seis días apenas pude caminar cuatro leguas, porque a muy poca distancia de unos lugares a otros estaban preparadas ramadas y camaricos, que ellos llaman, donde congregados, ya de dos, ya de tres mil indios, según sus parcialidades, me esperaban con obsequios, obligándome a alojar a media hora de camino para recibirles, y oírles sus largas y prolijas quejas, de suerte que en uno de los principales parajes, que viene a ser el centro de sus tierras, entre Boroa y la Imperial, duró el parlamento desde las diez del día hasta la oración, en que concurrieron 52 caciques, innumerables indios principales, llegando de siete a ocho mil los hombres

<sup>51</sup> Publicado por Ricardo Donoso en *Un letrado del siglo XVIII, el doctor José Perfecto de Salas*, tomo I, pág. 120.

de armas, fuera de la chusma de mujeres y niños que no pude computar porque inundaban el campo.

Una de las conclusiones que el Fiscal obtuvo de su expedición, se relaciona con el ascendiente de los hispanocriollos sobre los indígenas como resultado del largo contacto:

Los indios –informa al rey– tienen sumo respeto a los españoles, y éstos natural imperio en ellos; no lo creyera a no haber visto muchas veces que un hombre español de la más ínfima condición domina cuadrillas de indios con más superioridad que la de un amo a sus esclavos; así se ve también en los capitanes que llaman de amigos, que un solo hombre impera centenares de indios entre quienes vive, sin otra defensa que su natural respeto.

Las palabras de Salas, demasiado entusiastas, corresponden a un momento extremadamente favorable en las relaciones con los indios, sin que faltasen motivos de queja, como él mismo anota de paso, que podían estallar con violencia en situaciones de ruptura.

Aunque las relaciones de amistad habían llegado a comprender a casi todas las parcialidades araucanas, descansaban en un equilibrio más o menos tenso de acuerdo con la cercanía o lejanía de la línea fronteriza y según la experiencia tenida con los dominadores.

## LOS ALIADOS PEHUENCHES

Avecindados al otro lado de los Andes y desplazándose temporalmente a los valles superiores del faldeo occidental, los pehuenches fueron sólo un peligro esporádico para los hispanocriollos durante los siglos XVI y XVII, cuando, concertados con los araucanos, atacaron los fuertes y establecimientos de la comarca de los ríos Maule, Ñuble, Itata y Laja.

En la primera mitad del siglo XVII, sin embargo, la situación comenzó a variar debido al comercio que realizaban con los habitantes de la Frontera y porque las autoridades de Chile consideraron útil su alianza para la defensa del costado oriental de la región. A su vez, los indígenas cordilleranos necesitaban la ayuda de los chilenos para enfrentar a enemigos que los amenazaban.

Desde el siglo anterior, los huilliches, situados al sur del río Toltén, habían iniciado incursiones a las pampas del otro lado de

la cordillera y habían concluido por establecer agrupaciones que, desplazando a los indios locales, llegaron a ser poderosas y activas.

En la pampa y en las inmediaciones de la cordillera, los huilliches tuvieron continuos roces con los pehuenches en la disputa por los recursos naturales. Ambos pueblos dependían de la caza del guanaco y del avestruz, de la recolección de frutos y de la captura o el robo de los ganados caballar y vacuno. Los choques fueron violentos y dejaron una secuela de venganzas feroces que obligaron a los pehuenches a defenderse desesperadamente. Se agregaba para ellos el peligro de los araucanos de los Llanos y el de los moluches de la precordillera, que solían atacarlos en ocasiones.<sup>52</sup>

Los pobladores de la Frontera y, consiguientemente, el Ejército, se vieron inmiscuidos en ese juego bélico por la estabilidad requerida en la región y por la importancia relativa del comercio con los hombres del pehuén. Al fin y al cabo, convenía que éstos se mantuviesen separados de los araucanos e hiciesen el papel de tapón cordillerano para evitar las incursiones de los huilliches del otro lado.

Un indicio importante en la mutua búsqueda de relaciones, fue la realización del parlamento del Salto del Laja, convocado por el gobernador don Manuel de Amat y Junient en 1755 para reafirmar las paces con las diversas parcialidades. En esa reunión, los pehuenches fueron recibidos con un ceremonial y conversaciones aparte que sentaron un precedente para el futuro. Además de los acuerdos para mantener la paz, los montañeses pidieron la protección de las armas hispanochilenas y la creación de una misión franciscana en Santa Bárbara, a la entrada de la cordillera, junto al Biobío, que efectivamente fue establecida, al igual que un fuerte.

No obstante el acercamiento iniciado, los pehuenches continuaron durante algún tiempo con incursiones aisladas de pillaje, lo que no impidió que la alianza se abriera paso de manera ineludible, hecho que quedó de manifiesto en la década de 1760 a través de diversos episodios.

Con motivo de un ataque de los huilliches a un campamento pehuenche, en que murieron cuatro caciques y diecinueve moce-tones y fueron capturadas diez mujeres, recurrieron los montañeses al corregidor de Maule para pedirle el apoyo de cincuenta

---

<sup>52</sup> Todas estas materias las hemos tratado con detenimiento en nuestro libro *Los pehuenches en la vida fronteriza*.

hombres con arcabuces, atentos a la perpetua alianza que tenían con los españoles contra “toda nación de indios u otra cualquiera de Europa”. Agregaron que sin esa ayuda deberían abandonar el flanco de la cordillera.

No se les concedió apoyo inmediatamente, por lo que continuaron las hostilidades hasta que en un ataque huilliche fueron muertos 50 pehuenches, y capturadas 100 mujeres y un buen número de caballos.<sup>53</sup>

En el parlamento de Negrete, efectuado en diciembre de 1764, los caciques cordilleranos se quejaron al gobernador don Antonio de Guill y Gonzaga, quien debió interponer su autoridad para establecer la concordia. Sin embargo, el resultado fue nulo. Apenas regresó el gobernador a Concepción, recibió un escrito de parte de los pehuenches y otro de los misioneros de Santa Bárbara y del Comandante del fuerte respectivo, anunciándole la preparación de una gran formación de huilliches encabezados por un renegado y dos mulatos. El propósito, según se había sabido, era exterminar a los pehuenches, apoderarse de sus tierras y de las salinas, “que sirven de tanta utilidad a esta frontera”.<sup>54</sup>

Según el Gobernador, en esa oportunidad los pehuenches nuevamente “alegaron el derecho que tenían a ser amparados y socorridos del ejército, con los muchos ejemplares que son constantes de lo bien que se han portado siempre con los españoles hasta traer presos algunos malhechores, cabezas de revolución entre los demás indios”.

Guill y Gonzaga convocó una junta de guerra y en ella se acordó “afianzar la parcialidad de los indios pehuenches del partido de los españoles, para sujeción de las demás naciones indias” y mantener protegido el flanco de la cordillera. En caso de ser vencidos aquellos aliados, se argumentó, habría que mantenerse sobre las armas por aquel lado para evitar las correrías y robo de ganado. Se perdería, además, el tránsito a las salinas de ultracordillera.

Mediando esos acuerdos, el Gobernador destacó 200 hombres de infantería y caballería al mando de un teniente conocedor de la lengua y de los ardidés de los nativos. Alrededor de ellos se congregaron 500 pehuenches de a caballo. Esa fuerza no podía sino tener éxito: los huilliches fueron derrotados y dispersados,

<sup>53</sup> Diversos documentos en AN.CG., vol. 300.

<sup>54</sup> Oficio de Guill y Gonzaga al Rey. Concepción, 1º de marzo de 1765, AN.FV., vol. 813, foja 37.

dejaron 30 muertos en el campo, y el botín consistió en 200 mujeres y más de 800 caballos, que debieron quedar en poder de los montañeses.

Un año más tarde, las autoridades recurrieron a sus aliados para poner en jaque a los araucanos, que habían efectuado algunos ataques en respuesta al plan de concentrarlos en pueblos. Los pehuenches actuaron con algún retraso, dirigiéndose a Angol, donde el maestro de campo Salvador Cabrito se encontraba sitiado; pero en esos momentos las hostilidades estaban detenidas por una gestión amistosa que pondría término al levantamiento.

En todo caso, los pehuenches atacaron a los indios de los Llanos, dieron tres asaltos, mataron mucha gente, hicieron cautivos —niños y mujeres— e impidieron el cultivo del campo, teniendo también que padecer un desastre: en un emboscada pereció un cacique con cerca de 150 hombres. En esas circunstancias, el cacique araucano de Maquehua, cuya reducción se encontraba al sur del río Cautín, dirigió mensajes a los huilliches para atacar conjuntamente a los pehuenches y a las fuerzas hispanocriollas. Conocido el plan, una junta de guerra, convocada por Cabrito, ratificó la importancia de tener a los pehuenches como aliados y decidió apoyarlos con dos compañías de milicianos y otros auxiliares dotados con unos veinte fusiles y dos esmeriles.<sup>55</sup>

Por entonces se produjo una trizadura en la alianza con los pehuenches, debido a una determinación desacertada: se ordenó que abandonasen terrenos que ocupaban tradicionalmente en Villucura, cercanías de Santa Bárbara. Afectados por esa medida, la mayor parte de los cordilleranos dirigieron sus ataques contra varios puestos situados en el sector montañoso o junto a él: Antuco, Tucapel, Santa Bárbara y Alico.

En la contraofensiva participó el capitán de dragones don Ambrosio O'Higgins, recién llegado al país, a quien se encomendó la erección de un fuerte en Antuco, que quedó concluido en enero de 1770. También se levantaron puestos fortificados en Trubunleo, Alico y Villucura, este último con el nombre de Príncipe don Carlos. A la vez se procedió a trasladar el fuerte de San Carlos de Purén desde la orilla sur del Biobío a la del norte, con la intención de convertirlo en la gran plaza fortificada de la Frontera, proyecto que quedó a medio realizar, aunque fue efectivamente de importancia.

<sup>55</sup> Comunicación de la Junta de Guerra. Concepción, 28 de enero de 1767. AN.AG., vol. 36, pieza 21.

Las medidas defensivas denotan que no se confiaba en los pehuenches, a raíz del levantamiento y por fechorías aisladas; aunque éstas eran provocadas tanto por los indígenas como por los aventureros del Valle Central y de la Frontera, incluidos hacendados y oficiales inferiores. Sin embargo, las relaciones amistosas se restablecieron pronto y la alianza volvió a ser una realidad.

Hasta fines de la época colonial, el Ejército siguió prestando su protección a las bandas pehuenches, que consistía, por lo general, en un reducido número de fusileros, diez o veinte, que estaban para hacerse respetar por los huilliches. A veces se agregaba algún destacamento un poco mayor y se procedía a tomar la ofensiva para desbaratar formaciones guerreras o dar satisfacción a los deseos de venganza de los pehuenches.

En las acciones bélicas, los hombres del pehuén experimentaron bajas de manera constante y, siendo un pueblo de escasa población, resultaron afectados. Los grupos del otro lado de la Cordillera fueron los más perjudicados y debieron concentrarse preferentemente en las cabeceras de los ríos que descienden al oeste de las montañas. En todo caso, no dejaron de tener presencia en la cuenca que desciende hacia las pampas.

La alianza tuvo una última forma de expresarse en 1806 con un hecho muy singular, la expedición del alcalde de Concepción, don Luis de la Cruz, desde el fuerte Antuco a Buenos Aires, que no habría sido posible sin la participación de caciques pehuenches.<sup>56</sup>

El objeto de De la Cruz era reconocer el camino a través de la Cordillera y de la pampa para establecer cómo podrían ser las comunicaciones entre la ciudad de Concepción y la capital del virreinato vecino. En la ocasión fue acompañado de cuatro personajes, un soldado y quince sirvientes y contó con el apoyo del principal jefe pehuenche, Manquel, otros caciques y algunos de sus mocetones. Los amigos se comprometieron a conducirlos a través de las pampas, facilitar el trato con los jefes locales y llevarlos sanos y a salvo a Buenos Aires. No era fácil la tarea, dada la distancia y la posible mala voluntad de los caciques de las pampas, que siempre tenían motivos de sospecha y no olvidaban antiguas cuentas que ajustar.

<sup>56</sup> El viaje de Luis de la Cruz es conocido por su diario, titulado *Viaje a su costa del alcalde provincial del muy ilustre cabildo de la Concepción de Chile*, que fue publicado por Pedro de Angelis en el tomo I de la *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*. Hemos consultado la segunda edición, de 1910.

Manquel y De la Cruz, no obstante, se condujeron con habilidad y superando roces alcanzaron Melincué, en las cercanías de Buenos Aires. Los planes, sin embargo, debieron ser cambiados porque justo en esos días los ingleses se habían apoderado de la capital virreinal y el alcalde de Concepción debió dirigirse tras el virrey para ponerse a sus órdenes. Manquel y sus pehuenches debían regresar solos a sus tierras.

Llegó el momento de la separación. Los caciques lamentaron no haber cumplido la promesa de dejar al grupo cristiano en la ciudad. De la Cruz, por su parte, prometió recomendarlos al virrey Sobremonte y les aseguró que no olvidaría sus servicios y su lealtad. Uno de los caciques, Puelmac, lo abrazó y le pidió decir a Sobremonte que sus tierras, su amistad y la de los suyos siempre serían de él. El jefe chileno contestó emocionado y las lágrimas asomaron a los ojos de todos.

Al momento de despedirse, los pehuenches lloraron como niños. De la Cruz les encomendó cartas para sus superiores en Concepción y prometió ir a visitarlos a Antuco cuando regresase. Finalmente, les dio dinero para que comprasen una vaca para alimentarse y se despidió con fuertes abrazos.

Ahí concluyó este episodio de amistad y colaboración pehuenche, que si bien no se tradujo en ventajas inmediatas, permitió conocer mejor el trayecto y el mundo de las pampas.